

Hace ya más de treinta años de aquel 1 de abril de 1939 en que acabó la guerra de España. Todas sus consecuencias jurídicas y legales han prescrito y si aún quedan en pocos rincones olvidados de la geografía nacional cicatrices casi borradas de los tremendos combates que se libraron durante treinta y dos meses, no es para solazarse en su morbosa contemplación por lo que vienen millones y millones de turistas a nuestro país. La guerra de España, como hecho palpitante, ha terminado y ya sólo tiene una dimensión histórica.

Treinta y dos años significan en la teoría generacional la aparición sucesiva de dos grupos que conviven y participan de ciertas cosas comunes; una de ellas es la de no haber conocido la guerra, la de ignorar del todo por experiencia personal sus dolores y sus angustias. La más vieja de esas generaciones pudo percibir en la niñez los rasguños físicos y morales de la penuria y participar de las inquietudes de sus mayores en situación difícil, y no los vencidos sólo, sino también los vencedores; pero son ahora los que están incorporados a los diversos quehaceres norma-

les de la vida española, incluso desde puestos de mando y responsabilidad. La más joven, apenas entrada en la adolescencia, sólo tiene vagas nociones de que hubo una guerra en su patria, y muchos se verían en un aprieto si tuvieran que precisar pormenores muy generalizados de ella, incluso en lo que se refiere más directamente a gustos y predilecciones de cada uno, sin olvidar cualquier relación con la ilusión profesional.

Como el cine está entre las predilecciones y los gustos que dominan, espero que pueda ser de alguna utilidad a los estudiosos este libro, por ofrecerles abundante y rara documentación de primera mano sobre un aspecto interesantísimo del mundo de la pantalla en la más grave coyuntura histórica, a la vez política, social y guerrera, de la España contemporánea.

Se ha escrito abundantemente acerca de nuestro gran conflicto, tal vez más que sobre la segunda guerra mundial. Dejando muy atrás las de Hugh Thomas o H. R. Southworth, la bibliografía de Juan García Durán alcanza, si se descuentan las repeticiones, los 6.000 títulos. Pero el mayor esfuerzo en este sentido es el agotador de Ricardo de la Cierva y de Hoces, jefe de la Sección de Estudios sobre la Guerra de España, creada en el Ministerio de Información y Turismo; su Bibliografía general sobre la Guerra de España (1936-1939) y sus antecedentes históricos, publicada en 1968, forma un volumen de más de 700 páginas y recoge con la máxima precisión, según técnica muy moderna y rigurosa, un catálogo de libros y folletos que pasa de los 14.000 títulos. Se ha escrito con solidez de pensamiento unas veces y con irreflexión otras, pero muchas con desorden, insistiendo en las mismas cosas y dejando enormes mares sin navegación.

Tiene razón Vicente Marrero cuando dice, en *La guerra de España y el trust de cerebros* (pág. 14), que hay «muchos episodios y momentos de ella que aún no han sido debidamente tratados» (1). Las interpretaciones de fuera

(1) La referencia detallada de los libros a los que alude el texto se encontrará en la bibliografía al final de esta obra. Si de un autor se ha manejado una sola

son en su mayoría tendenciosas, como supervivencia de partidismos anacrónicos, y las que aquí se publicaron, también con escasa o nula objetividad, tratan sobre todo el proceso militar, menos el político y casi nada el intelectual.

«Después de leerse todos esos títulos —escribía José María Pemán en *Gaceta Ilustrada*, refiriéndose a la bibliografía extranjera sobre el drama español— tiene uno la sensación de que ésa es la literatura de la guerra universal que los pueblos y las ideologías hicieron sobre nuestra particular guerra.» Y añadía el hecho esencial, demasiado esencial para prescindir de él, de que «gran parte de los autores que escribieron esa copiosa literatura sobre nuestra guerra vinieron a España, no ya como apasionados testigos, sino como combatientes», remachando con gravedad que «venían a pelear su guerra». La suya, sí, y no la nuestra; la internacional e internacionalista y no la de hermanos de sangre y de tierra separados por circunstancias antagonismos trascendentes. El tiempo pasa, pero no pasan las actitudes. Un norteamericano o un italiano, un argentino o un portugués pueden estudiar con desinteresado rigor las campañas napoleónicas o los conflictos ruso-japoneses, sobreponiendo a cualquier tipo de simpatía o antipatía personal el objetivo examen histórico; mas en cuanto se trate de la guerra de España responderá todo a tajantes prejuicios de puntos de vista particulares.

Cualquier libro que a nuestro conflicto concierna ha de ser mirado con instintivo recelo, pues ni siquiera se puede confiar en ciertos escritos de testigos presenciales, que contaban las cosas dejándose llevar con frecuencia de estados emotivos o que mentaban deliberadamente para servir a la propaganda. De algunos de esos amaños hay confirmaciones indudables, como en el caso, elocuente de sobra, de Arthur Koestler.

Llegado a la zona republicana en calidad de corresponsal del diario izquierdista londinense *News Chronicle*, las

obra, a ella corresponden todas las citas; si se han usado varias, queda especificado en cada caso el título.

*imprudencias de Koestler le valieron la detención, el proceso y la condena a muerte por las autoridades nacionales poco después de la liberación de Málaga; tras cuatro meses de cautiverio fue indultado y expulsado del país. Sus experiencias, indudablemente dramáticas, le inspiraron el libro *Spanish Testament*, escrito en París y en Londres de 1937 a 1938 y que, con su apariencia de reportaje directo, se ha esgrimido por muchos como documento fehaciente de la crueldad, la injusticia y la barbarie del régimen fascista español. Y sin embargo, unos años después declararía pública y honradamente Koestler, según lo recoge Hugh Thomas (pág. 136), que su libro contiene numerosas falsedades, añadidas al texto original por el checo Otto Katz, apodado André Simone, que ejercía altas funciones directivas en el Departamento de Propaganda del Komintern y en la Agencia España, sostenida en París por el Gobierno de la República para difusión de artículos periodísticos. Mas pese a tan sincera y concreta rectificación, la versión primitiva, con todos sus embustes malintencionados, es la que sigue circulando por el mundo, en inglés y en otros idiomas. Aunque sólo fuese como nota previa o final, hubiera sido oportuno añadir las puntualizaciones de Koestler en nuevas ediciones. Pero tratándose de la guerra de España, rectificar o atenuar las tintas truculentas de la barbarie fascista no parece de buen tono.*

Un mismo concepto deformador preside los ensayos, los reportajes y los estudios de mayor ambición histórica, empeñados en querer presentar los acontecimientos como a cada uno le hubiera gustado que sucediesen y no como en realidad sucedieron. La lucha no se desarrolló sólo en los campos de batalla, sino asimismo en la retaguardia de las dos zonas y en las cancillerías de casi todo el mundo y en las redacciones de los periódicos y en los estudios de cine. Fue una guerra civil de contorno internacional y quedan todavía ignoradas de los investigadores facetas muy variadas de su compleja arquitectura total, ninguna desdeñable a la hora de sacar consecuencias definitivas.

Cuando algún día se escriba, por ejemplo, la crónica

pormenorizada, tan rica en estupendas acciones, de lo que fue y representó e hizo la llamada quinta columna, se sabrá con asombro hasta dónde llegó este movimiento de resistencia, anterior a todos los que honran a italianos, alemanes, checoslovacos, polacos, yugoslavos y franceses en su militante acción clandestina contra las fuerzas de Mussolini o de Hitler. Se verá entonces el craso error de los que aún vinculan al antifascismo el concepto de resistencia, olvidando que en nuestra patria hubo una apasionada actividad de resistencia antimarxista, tan respetable, inteligente y heroica como la que al fascismo pudo oponerse después en otros países.

*De España es genuino el impetu de independencia, que va acompañado gloriosamente de la actitud de resistencia. En su Prólogo para alemanes, escrito en marzo de 1934, dos años largos antes de empezar nuestra guerra, aunque no se publicaría hasta 1957 en Alemania y 1958 en su texto original español, Ortega y Gasset se definía a sí mismo (páginas 24-25) como experimentado en resistencia y afirmaba de España que tiene «la más vieja experiencia de resistencia, de independencia». Giovanni Vento y Massimo Mida, en su excelente libro *Cinema e resistenza*, tan bien documentado en general y que trata de establecer el exacto concepto de la resistencia en el cine, prescinden completamente de los testimonios de la resistencia nacional en las pocas páginas consagradas a la guerra de España, en las que sólo tienen cabida algunas obras del lado opuesto. Pero episodios como el del Alcázar de Toledo o el del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, reflejados en el celuloide, son expresiones diáfanas del espíritu de resistencia, de la histórica actitud numantina, rigurosa e indomable.*

El pueblo español hace las grandes cosas sin darles importancia y, coronado el ápice de la proeza, se desentiende de toda ventaja, malgasta las rentas y hasta pierde el capital. Así es España, incapaz de presumir de sus victorias, y así hay que tomarla o que dejarla, pero la verdad es que poquíssimos la dejan y muchos la toman no sólo con amor, sino con mil amores. Hay descuido permanente, que puede

apreciarse como forma de timidez, en consignar por lo menudo la crónica de las hazañas; la escasez, tan comentada por los historiadores, de libros de memorias escritas por nuestros grandes personajes de ayer resulta de esa insoportable idiosincrasia que se avergüenza de hablar de uno mismo, por temor a que parezca vanidad. Todo se olvida fácilmente, lo propio y lo ajeno, y a la ofensa sigue el abierto y espontáneo abrazo fraternal.

Son por demás curiosas y orientadoras dos alusiones que en películas españolas de 1963 se escucharon. En *El buen amor*, de Francisco Regueiro (titulado de la Escuela Oficial de Cinematografía), que representó a nuestra producción en el Festival Internacional de Cannes, la pareja de estudiantes que se escapa a Toledo para disfrutar un día de completa libertad amorosa, reconoce que no sabe nada de la guerra de España porque no hay acerca de ella libros que interesen a la juventud universitaria. Y en la farsa moralizadora *El mujeriego*, de Francisco Pérez Dolz, el protagonista, vendedor ambulante de libros —interpretado por Casto Sendra Casen— pregunta al dueño de un puesto de las Ramblas barcelonesas, con clara alusión al título de una obra de José María Gironella: «¿Qué tal se vende ese montón de muertos?» La respuesta es rotunda, además de inexacta: «¡Fatal!» Y el interrogador arguye: «Se lo dije al editor. Ese tema está pasado.»

La simple inclusión del breve diálogo, sin relación alguna con el contexto y los pormenores del filme, es signo de una preocupación demostrativa de que el tema de Un millón de muertos haya cedido a la actualidad, pese a que no es posible tal cosa. En Alemania y en Francia, en Inglaterra, Italia, Estados Unidos, Japón y la U.R.S.S. sigue floreciendo, novelesca o cronística, la bibliografía en torno a la segunda guerra mundial y al fascismo y antifascismo, militarismo y pacifismo. Son temas que no pasan porque están en la conciencia de las generaciones que sufrieron el drama.

Que una parte amplísima de la juventud española se desentienda del pensamiento en la guerra que vivieron

sus padres y hasta ignoren casi todo su sentido y trascendencia, como certeramente lo recoge Basilio Martín Patino (otro titulado de la Escuela Oficial de Cinematografía) en la figura del protagonista de *Nueve cartas a Berta*, débese en gran medida a la penuria de obras que puedan orientarla con el criterio adecuado a su sensibilidad moderna, al ritmo actual del mundo. Si me parece injusta la alusión de *El mujeriego*, encuentro en cambio acertadísima la de *El buen amor*, que debe tomarse como una llamada oportuna y seria al orden cultural.

Treinta años después de terminada nuestra guerra, tan densa en hechos y significados ideológicos, morales y sociales, quedan por fijar aspectos básicos de su íntegra fisonomía, que serían sobremanera valiosos para la conciencia de la juventud. Reconozco que dista el cinematográfico de destacar entre los más importantes de todos esos aspectos, pero estoy convencido de que es deber de cada uno tratar de lo que sabe o entiende, por pequeña que sea su contribución al panorama general, sin adormecerse en la espera de que otros hagan lo más llamativo. Pues cada día que pasa aumentan las dificultades para establecer las debidas precisiones en la animada enumeración de lo que sólo reside en la frágil memoria. Van desapareciendo, por vejez o enfermedad, muchas figuras y con ellas los recuerdos de hechos mayúsculos o minúsculos de los que fueron protagonistas o siquiera testigos. Y en la confrontación de descripciones puntualizadoras con los que todavía viven surge a cada paso el desolador e insalvable «no me acuerdo», que deja lagunas penosísimas y que ya nunca podrán cubrirse a entera satisfacción.

He tratado de comprobar cada hecho para que responda estrictamente a la verdad: a su verdad, no a la de mi personal interpretación. Y tan verdad como la victoria del 1 de abril de 1939 fue la urgencia del 18 de julio de 1936. Podrá discutirse lo ocurrido en España desde el último parte de guerra; podrá uno ser muy franquista, poco franquista y hasta decididamente antifranquista, pero nada de eso pertenece a la órbita de este trabajo. En las páginas

que siguen no se habla del Régimen, sino de la guerra de liberación que le precediera. Por cierto que el término de guerra de liberación, usado desde los primeros días en el lado nacional, aparece mucho después en el lado republicano y se puede leer, por ejemplo, en un artículo de Dario Puccini publicado en la revista comunista italiana *Il Contemporaneo* (número de julio-agosto de 1961, pág. 48) que su camarada Rafael Alberti, gran poeta español hasta lo más hondo de su ser, tuvo «intensa participación en la guerra de liberación de 1936-39». Sorprende esa asimilación de un término de signo contrario y sorprende que otros cronistas como Azcárate y Sandoval (pág. 33) hablen desde su ángulo de la «guerra nacional-revolucionaria».

Es increíble la persistencia con que ciertos sectores internacionales, y no sólo aquellos de declarado extremismo izquierdista, sino también los de abierta formación liberal, insisten en atribuir el sentido de guerra fascista a la que fue, precisamente, guerra de liberación, o sea, de independencia nacional contra la intromisión moral, ideológica o política extraña a nuestro espíritu, a nuestras costumbres y a nuestras vivas y actantes tradiciones. Esa persistencia, tan machaconamente apreciable en libros y artículos, también se acusa en el cine, sobre todo en el documental moderno, corto o largo, especialmente italiano, francés o alemán, de intención antifascista, en el que las alusiones de imagen y palabra son tan frecuentes como inequívocas. Pero al ver y recordar ciertos títulos se piensa en lo que podría hacerse sobre hechos y aspectos históricos del drama español.

Por ejemplo, se ha elogiado mucho en Italia, y con razón, el notable filme de Nelo Risi *Il delitto Matteotti* (1956), que reconstituye con tomas directas y documentos de archivo la muerte, en junio de 1924, del diputado socialista Giacomo Matteotti, secuestrado y asesinado por un grupo de fascistas. Fue un crimen de Estado, una incalificable decisión gubernamental de violencia para acallar la más potente y valerosa voz de la oposición; el Gobierno de

Mussolini quedó en la picota como responsable directo de la atrocidad. Pero todavía no existe un documental que reconstituya el similar crimen de Estado que el 13 de julio de 1936 se perpetraba en Madrid, en circunstancias parecidas y con la agravante de que lo ejecutaron uniformados agentes de la autoridad y sirviéndose de un vehículo oficial en la persona de José Calvo Sotelo, también jefe de la oposición, también dotado de voz potente y valerosa para denunciar corrupciones y excesos. Si al concluir Matteotti su último discurso en el Parlamento italiano salió de los bancos fascistas la contundente amenaza que no tardaría en cumplirse, la postrera intervención de Calvo Sotelo en las Cortes de la República española fue apostillada desde los bancos del Frente Popular con idéntica y fatal condena.

Vento y Mida analizan cuidadosamente (págs. 384-85) la sucesión de secuencias de la película italiana, que empieza, utilizando material cinematográfico de la época, con la marcha fascista sobre Roma, la devastación del periódico socialista *Avanti*, las llamadas expediciones punitivas contra los enemigos, reales o imaginarios, del nuevo régimen, para recorrer enseguida el hemiciclo del Parlamento de Montecitorio y detenerse en el lugar desde el que pronunció Matteotti su discurso final. Sigue la reconstitución del secuestro del diputado de la oposición, obligado por sus raptores a subir a un automóvil a la puerta de su casa, y el hallazgo del cadáver, días después, a las afueras de Roma. Por último, se evocan las apasionadas discusiones en el Parlamento, las acusaciones de los diputados a Mussolini y el discurso de éste en el que lanzaba a sus propios enemigos la responsabilidad del crimen.

Cualquier lector algo enterado podrá establecer inmediatamente el paralelo del delito italiano con el delito español desde que triunfó el Frente Popular: los asaltos a redacciones de periódicos de la oposición, las persecuciones a los disidentes, las Cortes de la República en las que Calvo Sotelo pronunció su último discurso de denuncia de una situación peligrosísima para el bien del país, la detención

del jefe del Bloque Nacional en su propio domicilio por agentes de la autoridad —guardias civiles y guardias de asalto— que acreditaron suficientemente su personalidad para llevarse consigo a un diputado que disfrutaba de la inmunidad parlamentaria; el asesinato, de un tiro en la nuca, en una camioneta de la Policía; el encuentro del cadáver, abandonado en el cementerio de la Almudena; la discusión en el Congreso, la rabiosa defensa gubernamental... Podría agregarse que el sumario acerca de ese crimen fue robado y destruido por los asesinos o sus cómplices, que se apoderaron de él, pistola en mano, en el edificio de la Audiencia de Madrid.

Posee el paralelo estremecedora elocuencia. Sin embargo, se recuerda a menudo en muchos países y por hombres de diversas ideologías, de la extrema izquierda a la derecha más conservadora, el asesinato de Matteotti como acción abominable; pero casi nadie más allá de las fronteras españolas parece haberse enterado de las circunstancias impresionantemente idénticas, aunque de maniobra contraria, que marcan la no menos abominable acción del asesinato de Calvo Sotelo. La diferencia de puntos de vista es demasiado grande para que pueda pasar inadvertida a cualquier conciencia un poquitín sensata.

Puestos a establecer analogías, podríamos señalar muchas entre las persecuciones nazis en Alemania y las fascistas en Italia, con la marxista y la anarquista en España. Claro que de las dos formas primeras se ha hablado y se sigue hablando superabundantemente, mientras que en torno a las otras dos existe una rigurosa e interesada conspiración de silencio. Ahí está el celebradísimo y alucinante filme de Alain Resnais *Nuit et brouillard* (1955), sobre los campos de exterminio nazis; ahí está el de Luigi di Gianni, *Via Tasso* (1960), señalado por Carlo di Carlo (pág. 30) como «horrible, tremendo lugar en el que los interrogatorios eran experimentos científicos, donde los medios, la tortura, eran practicados en sus formas más diabólicas». Palabras, así como las atroces descripciones que siguen, dignas de aplicarse íntegras al contenido de un olvidado y riguroso

documental español de Edgar Neville: *Vivan los hombres libres* (1939), rodado en las tristemente célebres checas de Barcelona tal y como estaban al acabar la guerra en la capital catalana, con sus refinadísimos instrumentos científicos de tortura, siniestro antecedente de los alemanes e italianos, y por cierto que no único, pues no hubo ciudad o pueblo de alguna importancia en toda la zona dependiente del Gobierno republicano en que no funcionaran checas más o menos científicas; según afirmación del historiador de izquierdas Hugh Thomas (pág. 143), «las comunistas eran las más temidas por sus torturas».

La querella particular y estrictamente nacional que estalló entre españoles fue convertida en internacional por las grandes ideologías que ya entonces estaban en pugna y que trataban de ensayar tácticas y procedimientos con vistas al futuro. En el suelo, en el mar y en los aires de España se probaron las armas de la segunda guerra mundial y se adiestraron los guerrilleros para la resistencia italiana, francesa, alemana y yugoslava de 1944 y 1945, así como se adquirió la experiencia necesaria para la ocupación soviética del este de Europa.

Abundan los documentos probatorios de esas afirmaciones y el recorrido que vamos a emprender por la actividad cinematográfica las confirma también. Sería insuficiente ordenar y analizar sólo la labor acometida en tal terreno por los españoles de uno y otro bando; junto a ella hay que poner la abundante de los extranjeros más o menos interesados.

Que el signo comunista resulte ser dominador no es afirmación gratuita, fruto de prejuicios inexistentes, sino testimonio de una realidad. En el caos de la zona republicana fueron los comunistas, con sus poderosos magisterios venidos de fuera, los únicos que demostraban claro sentido de organización y de actuación, los que sabían de veras cuanto deseaban y disponían de sistemas y de medios para conseguirlo. Los republicanos, desbordados desde el primer momento, parecían ignorar sus propias responsabilidades,

lo que debían y podían hacer; los socialistas, con sus internas luchas de personalismos, no tardarían en ceder posiciones y marchar a la deriva; los anarquistas seguían fieles a sus viejas normas de terrorismo y demostraron notorio candor en la ejecución política de su autoridad súbita; los comunistas, en cambio, dieron lecciones permanentes de sólida andadura, atendiendo con extraordinaria capacidad a los múltiples aspectos de su programa, por lo que su empleo del cine como precioso elemento de propaganda sería el más inteligente y eficaz de todos.

No sé si faltará algo sustancial en el recuento que trato de hacer de las facetas cinematográficas en relación con nuestra guerra y pido disculpa por cualquier olvido o falta de información suficiente en algún punto concreto. Aunque no pretendo, ni muchísimo menos, trazar una historia de la guerra de España, quiero salir al paso del fácil reproche de comentar con minuciosidad ambientes o hechos de relativa importancia en el cine, motivo fundamental del libro. No creo, sin embargo, haber procedido con desproporción y menos aún con malsana complacencia al recordar cosas desagradables. Como obra dirigida a un sector de público interesado sobre todo en los acaeceres de la pantalla, pensé que sería útil informarle, por ejemplo, de las raíces determinantes del 18 de julio, con algunas puntualizaciones históricas sin las que tal vez no se comprendería del todo el amplio sesgo internacional que tomó enseguida lo que surgió como estricta guerra civil. Los pormenores políticos y militares de las diversas intervenciones extranjeras son indispensables, a mi juicio, para captar en todo su alcance el inmediato o el posterior reflejo en la pantalla. Exponer con cierto detalle la creación, la intención y la pericia de las Brigadas Internacionales, una de las acciones combativas más destacadas en vísperas de la segunda guerra mundial, resulta imprescindible a la vista de lo mucho que el cine se ha interesado por ellas. De igual modo, estimo inevitable precisar la minimización de las fuerzas de la zona republicana, con las luchas de partidos y de sindicatos obreros, para que pueda apreciarse la variedad de los

esfuerzos privativos de cada grupo en la tarea propagandista por medio del cine.

Nada más lejos de mi conciencia que el criminal propósito de atizar el rescoldo de antiguos rencores sobre los que debe imponerse el buen sentido de la conciliación, de la fraternidad y el animoso destino común. He perdonado, porque de cristianos es hacerlo, a los que durante nuestra guerra me humillaron, a los que me persiguieron, a los que me robaron, a los que me pusieron en trance de muerte real o fingida, a los que asesinaron a amigos y parientes en crecido número. Tengo alucinante experiencia personal de la zona roja en la guerra, que no es cosa de detallar ahora, pero que no ha de llevarme a dañosa e injusta generalización.

Como ardiente defensor de la convivencia, que me hace tener entre los mejores amigos a hombres muy alejados de mis creencias, pienso que el mundo puede vivir en paz si cada uno se mantiene en su sitio y, por encima de discrepancias ideológicas, se entrega a una sencilla y honesta actitud humana de comprensión. Lo que carece del mínimo valor humano es la pretensión de imponer la propia libertad sin límites contra la libertad de los demás.

Observará el lector atento que, salvo aquellos pocos casos en los que acudo a observaciones y experiencias personales, la mayoría de los textos que se refieren a la descomposición de la República y sus consecuencias gravísimas para el destino de los ideales que pretendía defender proceden de autores, historiadores y comentaristas de izquierdas o, por lo menos, de reconocido liberalismo. Creo que es deber inexcusable del historiador, incluso cuando toque temas en pugna con sus gustos o sus sentimientos, el culto a la objetividad, y a ella me he atendido cuanto pude.

Puedo hacer más las palabras con las que John Reed, el cronista norteamericano de la revolución rusa, de quien reposan las cenizas en el muro del Kremlin de Moscú, detrás del monumento funerario de Lenin, cerraba en Nueva York, el 1 de enero de 1919, el prólogo de su famoso libro Diez días que estremecieron al mundo. Son éstas: «En el

curso de la lucha, mis simpatías no eran neutrales. Pero, al trazar la historia de estas grandes jornadas, he querido considerar los acontecimientos como cronista concienzudo, que se esfuerza por fijar la verdad.»

Madrid, 1 de enero de 1972.

NOTA SOBRE LAS FUENTES

La elaboración de este libro ha sido lenta y trabajosa, de lo cual no me arrepiento, pues pude comprobar los informes, considerar en visión directa casi todos los filmes y sedimentar el juicio. La noble tarea de decir la verdad va resultando cada día más difícil en nuestro tiempo, dominado como nunca por el arte de la mentira y del engaño. Y tan importante como decir la verdad es difundirla, según observa nuestro insigne historiador Américo Castro (pág. 7).

Se me ocurrió la idea de emprender este estudio en la primavera de 1960, a raíz de escribir para la revista *Cinespaña*, y a petición de David Jato, su director entonces, un artículo titulado *La guerra de España, filón cinematográfico*. Pero reunidos los datos a mi alcance fue demorándose la tarea, y no sólo a causa de una larga enfermedad y su inevitable convalecencia, sino más aún por la necesidad de conocer bastantes filmes que nunca llegaron a las pantallas españolas y de entrevistar a personas residentes en el extranjero. Mis frecuentísimos viajes por el Viejo y el Nuevo Mundo me permitieron ver y anotar casi todo lo que me interesaba, unas veces en salas comerciales de barrios extremos de París o Roma, de Buenos Aires o de Nueva York, y otras gracias a exhibiciones privadas que me brindaron gentilmente las empresas productoras o las cinematecas del Este y del Occidente. Muy pocas de las películas extranjeras consignadas aquí escaparon a mi deseo de estudiarlas y en esos casos contadísimos acudí, para dar información completa, al testimonio de los buenos amigos y a la consulta de críticas autorizadas.

Aparte de esa información básica y de la documentación general cinematográfica —escasísima por lo que a esa coyuntura atañe— y de la lectura de libros y de colecciones de periódicos, dos fuentes principales me ayudaron en mi tarea: el material que la Filmoteca Nacional conserva celosamente, así como el que po-